

Vasco de Gama para ir por primera vez a la India, y no lejos el magnífico templo y claustro de Belén, obra de singular y bellísima arquitectura. Frente del más populoso centro de la ciudad, en la opuesta orilla del río, se alzaba la villa de Almada, sobre enriscado promontorio. Y desde allí, mirando en dirección contraria a la que trae el agua, ésta se extiende y la orilla se aleja, formando una extensa y grandiosa bahía, capaz de contener entonces todos los barcos de guerra y comercio que surcaban los mares»<sup>10</sup>.

Sin decidirse nunca a perfilar con rasgos nítidos la psicología de Morsamor y la índole de sus empresas, Valera no dejará duda al respecto de la admiración que causarían en su ánimo la naturaleza y tamaño del desbordamiento ecuménico de españoles y, sobre todo, en esta hora, de portugueses. Bien que en algún arrebatado y transporte de entusiasmo de su héroe, éste viese España como la espada de la Cristiandad y su abanderada por antonomasia, llamada por un designio divino a regir el mundo y a difundir el Evangelio frente a toda suerte de enemigos interiores y exteriores, el que todo el radio de su segunda existencia se enmarque primordialmente en un universo impregnado de acento lusitano, es incuestionablemente un homenaje de Don Juan a esta luciente página del libro de su historia: «Fray Miguel no veía ni se forjaba en la mente un campeón que todo lo dirigiese y que se llevase la palma. Por debajo del pueblo estaban o surgían todos los campeones. Alborotados los reinos de Castilla y Valencia por las comunidades y germanías, allá en su pensar sigiloso Fray Miguel no estimaba mucho al joven extranjero y ausente emperador. Sospechaba que había de heredar algo de la extravagante locura materna y de la ligera futilidad de su padre, y que una inquietud sin propósito había de tejer la tela de su vida. Pero el pueblo español era grande, y de su seno surgirían adalides que venciesen y dominasen. Ellos derrotarían al turco, que amenazaba la cristiandad; ellos con armas temporales y espirituales, lograrían sofocar la herejía que estaba naciendo en Alemania y que, barbarie mental, ansiaba derrocar el imperio de Roma en los espíritus, como los antiguos bárbaros habían destruido el imperio material de Roma. España, con sus héroes y con sus santos, había de sostener y conservar la unidad divina que informa y da vigor a la civilización europea. Y esta civilización poderosa y benéfica había de continuar difundiéndose por todos los climas y regiones, tierras y mares del mundo que habitamos»<sup>11</sup>.

Sin duda, el deseo que en buena parte moviera su pluma a escribir *Morsamor* —la reflexión sobre el complejo mundo de las doctrinas teosóficas reverdecidas en el período finisecular—, forzaba de antemano la tra-

<sup>10</sup> Morsamor..., pp. 103-105.

<sup>11</sup> Ibid, p. 91.

yectoria de su héroe por la geografía que, a comienzos del Quinientos, se mostraba propicia al diálogo entre filosofías y religiones más depuradas, aparte de las cristianas. Pero también es lícito entender la presencia de Morsamor en la India como un exvoto de don Juan a la cultura portuguesa allí en contacto proselitista con civilizaciones más avanzadas que las americanas<sup>12</sup>.

Pero si es claro el simbolismo histórico de Morsamor como un transtunto de la potencia incuestionable de los pueblos peninsulares en el alborar de la modernidad y del esfuerzo desmesurado al servicio de los intereses e ideales que en dicha etapa le impulsaban, es, como ya apuntábamos anteriormente, más discutible que el retorno al convento, una vez degustado el sabor ácido de todas las vanidades y glorias mundanales, entrañase un mensaje de derrotismo o, por mejor decir, de *aurea mediocritas* para dos pueblos, que, a finales del XIX, parecían haber ya recorrido toda su órbita de esplendor y prestigio. La teoría cíclica de la evolución humana, tan recurrente en el pensamiento occidental, acudía a los puntos de la pluma de don Juan para explicar y justificar el peregrinaje de las naciones ibéricas por los caminos de la historia. Grecia, claro está, ocuparía en su reflexión un puesto predominante, dando lugar a las líneas quizá más bellas de una obra de la que a veces estará ya ausente la perfección ática de toda la literatura del autor. Ese acorde final de la novela, al igual que la mayor parte de sus textos regeneracionistas, tiene algo de impostación salvada por el oficio y la gracia de Valera.

En su última recalada en el tema aludido el freno de su pluma es, sin embargo, muy ostensible, ya que, conocedor de la literatura comparatista de las psicologías nacionales que iba a adoptar pronto, según se sabe, carácter casi inundatorio, don Juan, por mor sin duda de no disgresionar en exceso antes de la caída del telón sobre las peripecias de su héroe, dejará de secundar un canto de sirena al que siempre, y en particular en su vejez, había sido muy receptivo. Es lástima, empero, que fuera precisamente aquí donde mostrara algún propósito de enmienda, pues de seguro que sus consideraciones habrían sido muy perspicaces sin embarrullar más de lo hecho ya la trama de una novela caleidoscópica, «...no, no era un arco triunfal el que acababa de erigir y por donde gloriosamente se entraba en la edad moderna. Era más bien puerta con que él cerraba y terminaba un inmenso período histórico, una larga serie de más de treinta siglos, durante los cuales los pueblos que habitan en torno del Mar Mediterráneo habían sido guías, iniciadores, maestros y hierofantes del humano linaje. Egipto, Fenicia, Grecia, Italia y España, habían tenido sucesivamente el primado, el cetro y la virtud civilizadora [...] Acabada

<sup>12</sup> J. M. Cuenca Toribio, Estudios sobre el Portugal contemporáneo, Madrid, 1966.

por él la obra que incumbía a los pueblos meridionales de nuestro continente, la fuerza, el imperio y la inteligencia dominadora iban a pasar a otras manos [...] Y sin aquietarse Morsamor, y pasando adelante en su cavilar lastimoso, supuso, por último, que la ciencia empírica hija del exterior sentido, iba a arrebatarnos el imperio y a dársele a los pueblos del Norte, patentizando el jactancioso embuste de las profecías del Padre Ambrosio»<sup>13</sup>. En un pasaje anterior, don Juan desgranaba las mismas razones, aunque con mayor bataneo de los triunfadores del día y de la época: «Dentro de dos o tres siglos, cuando el corazón humano se ablande mucho con la cultura, acaso sean los pueblos del Norte los que predominen sin horrores ni estragos que hoy causaría su predominio. En el engreimiento del triunfo, tendrían por evidente que eran una raza superior y nos exterminarían a todos sus prójimos no creyéndolos tales, dentro de dos o tres siglos, según ya he dicho, la culta filantropía no consentirá tan horrible caso. Lo más que podrá ocurrir será que con su desdén orgulloso abatan y hundan en la abyección a los pueblos de que se enseñoreen, y que tal vez, predicándoles y enseñándoles doctrinas religiosas contrarias a la fe católica, sin el esplendor artístico y sin la pompa de sus ritos y con un concepto tremendo y duro de la justicia divina, no templada por la misericordia, entristezcan y desesperen a sus catecúmenos y los hagan morir de aburrimiento. Así presumirán ellos que, sin crueldad, van despejando de razas inferiores la superficie de nuestro planeta para que se extienda por toda ella, crezca y se multiplique la raza superior a que pertenecen»<sup>14</sup>.

El recuerdo de la mutación última de Don Quijote no abandonará al lector de las páginas finales de la novela de Valera. Idéntica conformidad con el destino, igual resignación ante el incesable mudar de la existencia colectiva, y una melancolía similar, se advierten en la descripción de una y otra conversión. Semejanza que, indudablemente, fuerza también el simbolismo de los dos héroes y de la misma patria de que son exponentes y arquetipos. Si, conforme quiere la mayor y más autoriada porción de los críticos de la obra de Cervantes, ésta no es sino una versión novelada de su trayectoria histórica durante los inicios de los tiempos modernos, subrayándose en el abandono de sus quiméricas empresas la postración y desaliento que comenzaran a dominar a España tras el largo reinado de Felipe II, tal vez, llevados del paralelismo de los héroes, vendría igualmente abandonar toda suerte de reservas y escrúpulos historiográficos y contemplar la novela de Valera como el reflejo novelístico de una España que, desahuciada de su estatuto de gran potencia, debía

<sup>13</sup> Morsamor..., pp. 308 y 310.

<sup>14</sup> *Ibid*, pp. 121-2.

buscar su felicidad en el marco doméstico, entre las bardas de su corral, alborotado y entrañable.

La lección que el crepúsculo internacional ibérico dictaba a Portugal no era muy distinta. Bien que espíritus de noble linaje predicasen en uno y otro Estado de la Península el *finis Hispaniae*, su pueblo se rebelaría contra tan fatalista mensaje.

**Soledad Miranda García**



**Carta de relació eñbiada a su. S. majestad del épa-**  
 dor nño señor por el capitã general dela nueva spaña: llamado fernãdo cor-  
 tes. En la q̄l haze relació dlas tierras y prouicias sin cuẽto q̄ hã descubierro  
 nueuamẽte en el yucatã del año de. nñ. a esta pte: y ha sometido ala corona  
 real de su .S. A. En especial haze relació de vna grãdissima prouicia muy  
 rica llamada Culua: ña q̄l ay muy grãdes ciudades y de maravillosos edi-  
 ficios: y de grãdes tratos y riq̄zas. Entre las q̄les ay vna mas maravillosa  
 y rica q̄ todas llamada Timixtitã: q̄ esta por maravillosa arte edificada so-  
 bre vna grãde laguna. dela q̄l ciudad y prouicia es rey vn grãdissimo señor  
 llamado Auteequma: dõde le acacierõ al capitã y a los españoles espãto-  
 sas cosas de oyr. Cuenta largamẽte del grãdissimo señorio del dicho Aute-  
 equma y de sus ritos y cerimonias. y de como se sirue.